

AMOR DE SARITA Y EL PROFESOR ROCAFUERTE

Por Jorge IBARGÜENGOITIA

Dibujos del AUTOR

LA UNIVERSIDAD del lugar fue en otro tiempo una escuela jesuítica, de manera que tiene amplios corredores, arquerías de cantera, etc.

Una tarde, el profesor Rocafuerte cruza el patio con paso solemne, llevando un libro bajo el brazo. Es un hombre de treinta y cinco años, buen mozo, emaciado por los sueldos de hambre, encorvado por la mujer y los tres hijos, amargado por la indiferencia del público hacia sus conocimientos. Es poeta y vive de la gramática. Los alumnos se apartan para no tener que saludarle, porque todos tienen cuentas pendientes con él. Cruza luego corredores desiertos, hasta llegar a un gran salón. Una vez en él sube al estrado y toma asiento. El salón está completamente vacío. Rocafuerte saca una lista del bolsillo, sin levantar los ojos, y empieza a leer: Acevedo, Arrieta, Arroyo, etc. Una joven —Sarita— entra en el salón, y caminando sigilosamente llega hasta la primera fila antes de que el maestro diga "Gutiérrez" al que ella responde "presente". El profesor detiene la lectura y con gran seriedad la mira un momento, sin ninguna expresión, y luego continúa enumerando: Hernández, etc.

Cuando la lista ha terminado, el profesor la guarda en su bolsillo, abre el libro y al levantar los ojos se encuentra con dos alumnas que han entrado y están en la última fila. Extrañado, les pregunta quiénes son, ellas responden: "Oyentes".

—¿Oyentes de qué?

—De la clase.

—¿De cuál clase?

—De la que usted va a dar.

—No voy a dar ninguna clase mientras estén ustedes aquí. Fuera.

Las dos muchachas abandonan el salón. Cuando han salido, el profesor se vuelve a Sarita, que se mueve inquieta en su banca, y le pregunta:

—¿Por qué se sienta tan cerca de mí?

Sarita está muy confusa y no acierta a responder.

—Hágame favor de pasar a la segunda fila.

Sarita obedece con lágrimas en los ojos. Rocafuerte prosigue:

—Dígame de qué hablamos en la clase pasada.

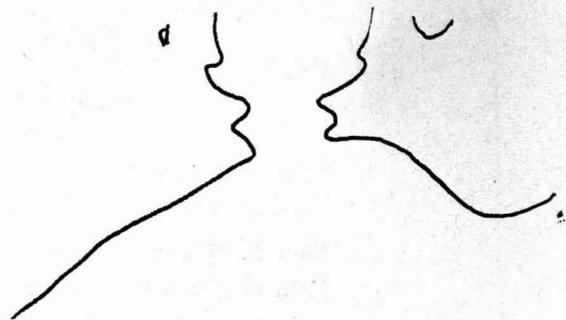
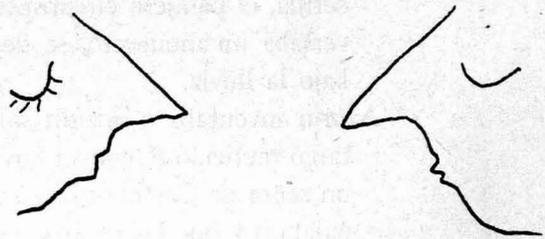
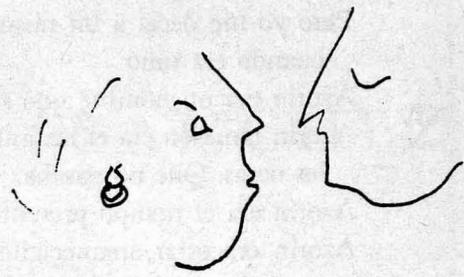
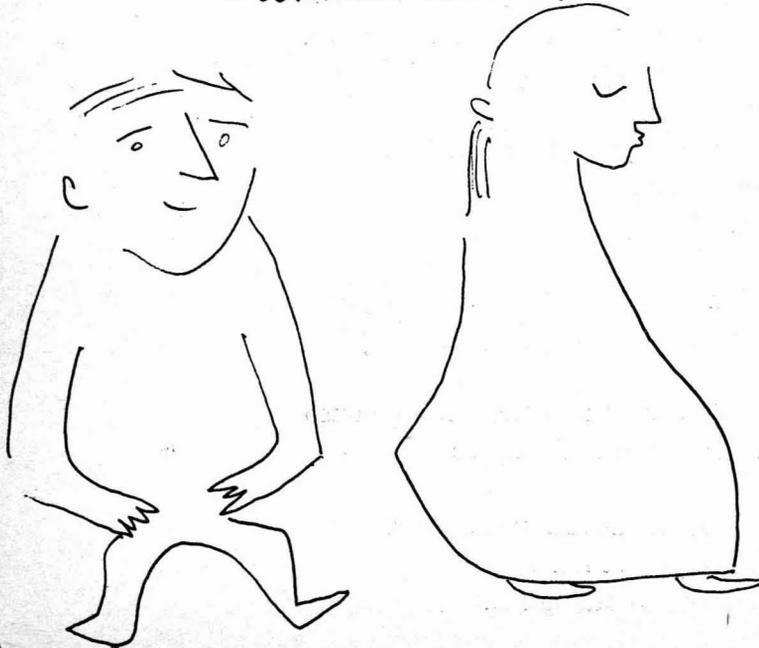
Ella responde:

—Del verbo "placer".

El profesor Rocafuerte mira alternativamente el techo del salón, los muros y la ventana; pero nunca a la alumna, que repite textualmente:

—Placer. Por la especial irregularidad de este verbo en los tiempos y personas que toma los radicales pleg plug, verbigracia plegue o plega y plugo, por haberse usado más generalmente con estas formas como impersonal...

* *Femme passionné et
homme indifférent* —



La interrumpe un golpe que da el profesor sobre la mesa. Ella lo mira aterrada.

—¿Por qué tiene que aprender las cosas de memoria, como un perico? —Sarita llora— ¿Por qué llora, señorita Gutiérrez? Sarita contesta entre sollozos:

—Me siento mal.

—Abra la ventana entonces, no quiero que se desmaye en clase.

Sarita va a la ventana y la abre, mientras Rocafuerte comenta:

—Me parece una imprudencia tremenda venir a clase sintiéndose mal. —Sarita regresa a su lugar—. ¿Ya se siente mejor? —Sarita contesta con un gesto afirmativo—. Prosiga usted. —Sarita trata de ordenar sus pensamientos en silencio, inútilmente—. ¿Ya ve usted el resultado desastroso de aprender las cosas de memoria? ¿Ya ve a qué la lleva ese prurito de concretarse a lo que el libro dice? ¿Cuántas veces le he dicho que la Gramática de la Academia es una colección de estupideces? ¿Si el libro es lo único importante, para qué demonios viene a clase? ¿Para qué esforzarme yo preparándola? ¿Para qué hablo yo entonces dos horas cada semana? ¿Cree usted que no es insultante para un maestro eso que usted hace? ¿No le parece una falta de consideración? ¿Por qué llora, señorita Gutiérrez...? Conteste.

—Me siento mal.

—Cierre la ventana, entonces —Sarita cierra la ventana, y regresa a su lugar—. Y luego, esta constitución plañidera que tiene usted. Suénese —Sarita obedece—. ¿Cree usted que es agradable para un hombre estar viéndola llorar? —Sarita contesta con un gesto negativo—. ¿Por qué, entonces, señorita

Gutiérrez, ha llorado usted exactamente sesenta y dos veces durante las últimas diez clases? —silencio—. Conteste.

Ella lo hace moqueando:

—Es que no puedo remediarlo.

—¿Es que no tiene dominio sobre sus músculos lacrimales?

—No sé.

—¿Cómo que no sabe?

—No lo se, maestro.

—Pues es que no lo tiene. Haga ejercicios todas las mañanas ante un espejo: lllore usted, pare de llorar; lllore usted, pare de llorar; lllore usted, es muy sencillo.

—Está bien maestro.

—Lo importante es que no venga usted a mi clase con la falta de dominio sobre su fisiología que la caracteriza. —pausa. El profesor Rocafuerte medita—. También es posible, señorita Gutiérrez, que todo provenga de un desorden nervioso. ¿Es usted histérica?

—No sé, maestro.

—¿Pero cómo que no lo sabe? No es posible que alguien viva en tal ignorancia de su personalidad. Consulte usted a un psiquiatra.

—¿Por qué?, si me siento perfectamente.

—¿Se siente perfectamente? Pues es la peor anomalía que puede haber. Está usted loca. O bien, vive usted en la más absoluta ignorancia del mundo que nos rodea; ¿cómo sentirse perfectamente dentro de tanta iniseria? ¿No ve usted las injusticias enormes que se cometen todos los días? ¿No se da cuenta de la imbecilidad de que están plagados los periódicos? Además, miente usted —Sarita lo mira sobrecogida—. ¿Cómo se atreve a decirme que se siente perfectamente si en mi clase, que no son más que dos horas semanales, ha llorado sesenta y dos veces en un solo mes? —la mira en silencio un momento. Le ha nacido una sospecha—. ¿O es que sólo en mi clase llora? —pausa. Con voz de trueno—. ¡Conteste! —ella, cubriéndose la boca con las manos, hace un gesto afirmativo—. ¿Y por qué, se puede saber? ¡Con un demonio! ¿Por qué viene usted a atormentarme? ¿Por qué llora en mi clase?

Sarita contesta por fin:

—Porque me da usted mucha lástima.

Silencio. Rocafuerte la mira perplejo.

—¿Y usted, una histérica, una loca, una ignorante, se compadece de mí? —Sarita responde con un gesto afirmativo. Rocafuerte respira hondamente, tratando de dominarse—. Mire, Sara, hágame el favor de abrir la ventana.

Sara va a la ventana, la abre, y regresa a su lugar. Rocafuerte, inquieto, pasea la mirada por el salón, se frota las manos, y prosigue:

—Gracias. Hablábamos antier de los verbos irregulares, o mejor dicho, de aquellos verbos cuyas irregularidades son especiales, tales como andar, asir, caer, dar, decir, erguir, estar, haber, hacer, oír y placer. ¿Por qué le doy lástima, Sarita?

—Porque es usted tan tierno...

Con voz de trueno, Rocafuerte dice:

—¿Tierno yo?

—Sí, y porque sufre mucho.

El profesor queda asombrado.

—¿Sufrir? ¡Qué poco conocimiento de la vida! Me da usted risa: jo, jo, jo. ¡Lo que es la adolescencia! Qué tontería. Eso demuestra que no tiene usted la más remota idea de lo que es el sufrimiento, ni la felicidad, ni nada. Es usted peor que ignorante, es casi imbécil. Continúo: estudiaremos en la clase de hoy, las irregularidades especiales de los verbos poder, poner, pudrir, o podrir... ¿Y por qué, se puede saber, cree usted que yo sufro?

—Porque todos sus alumnos se han ido de clase.

—Pero, imbécil, ¿no se ha dado cuenta de que no se han ido ellos, sino que yo he ido expulsándolos uno por uno, porque no puedo transigir con la ignorancia, y con la pereza, y con la abulia, y con cuarenta oligofrénicos mirándome durante una hora? Y de cualquier manera, aunque se hubieran ido *motu proprio*, ¿cree usted que me hacen falta? ¿Cree usted que la ausencia de esas personas es bastante para causar la infelicidad de un hombre como yo?

—Y también me da mucho pesar que no le publiquen sus poemas.

—Pero muchacha estúpida, ¿no se da cuenta de que ser ignorado por este mundo platitudinesco es el mejor galardón para un poeta? Preocupación me daría el tener cabida en esas revistas que produce la cultura de petate a la que tengo la desdicha de pertenecer; me llenaría de terror si me eligieran Miembro de Número de la Academia de la Lengua, y si me dieran el premio Nobel comprendería que había llegado al anquilosamiento final. Estoy encantado de ser oscuro, y libre, y alegre... Prosigo: estudiaremos en primer lugar las irregularidades especiales del verbo pudrir, o podrir...

—Y también me da usted lástima porque...

—No me interrumpa, caramba —De un puñetazo en la mesa. Hay un silencio. Se aclara la garganta—. Prosigo... ¿Por qué más le doy lástima?

—Porque le falta amor.

Rocafuerte se desfigura de ira.

—¿Y usted qué sabe lo que es el amor? ¿Usted, virgen inviolada; santucha, adolescente, hija de María? ¿Cómo se atreve a decirme eso, mal educada? Cursi. Con un cerebro lleno de tules color de rosa. ¿Cómo se atreve, ñoña, a decirle semejante cosa a un hombre que es todo plenitud? ¡Lárguese de mi clase inmediatamente! —Sarita solloza, y va saliendo de la clase con sus libros en la mano—. No quiero volver a verla en todos los días de mi vida. Me da usted náusea. Me irrita. Me enferma. No vuelva nunca. Nunca. Nunca.

Sarita ha salido de clase, el profesor Rocafuerte, con las manos sobre sus rodillas respira hondamente, en actitud heroica.

M A R Í A

Por Max AUB

Dibujos de VLADY

(Un estudio de bailarina. Enorme espejo al fondo —a ser posible llenando el último término— en el que se reflejan los espectadores, en contra de todas las leyes de dirección de escena; a su largo, barra de ejercicios. La actriz, en malla de trabajo, habla por teléfono, un aparato portátil, pegada al lateral izquierdo.)

—NO. NO VENGAS. Sería inútil: ya me habré marchado. Estoy vestida. Llamé un taxi. Dejaré la casa cerrada... Nadie te abrirá... Prueba... No... No tiene remedio.

(Cuelga. Deja el aparato entre cajas. Vuelve. Camina desalentada. Se ve en el espejo. Reacciona. Le habla a su figura)

—Sí: voy a hacer exactamente lo que no quiero hacer porque quiero hacer lo que no debo...

—¿Qué debieras hacer, María? ¿Tú lo sabes? Sí, lo sabes, y callas.

(Se aparta, gira, vuelve a su imagen)

—Es curioso: nos vemos todos los días, hace años, no una sino cien veces, seguido, ¡y nos conocemos tan poco! De vista, desde luego. Nos saludamos de paso, al paso... Vecinas. Juntas pero no revueltas. ¡Hola, María! ¿Cómo te fue hoy? ¿De la patada, verdad? Perdona, soy muy ordinaria. ¿Mal, verdad? Para variar... O bien. ¿Qué más da? Al fin y al cabo... Claro que miento, pero tú me entiendes... Eso sí, ves, aunque parezca mentira: entendernos, nos entendemos bastante bien; a pesar de todo... ¡Qué divertido es el mundo! ¿Quién lo diría? ¿Quién diría qué? El mundo es un revoltijo de frases sin acabar. Y como en las escuelas, en los colegios, en las universidades enseñan a resolver los problemas y, si no das con la solución exacta te castigan, hemos venido a creer que todos los problemas tienen solución. Y justa, para acabarlo de fastidiar. Y no hay tal: hay muchos problemas sin solución, señorita María...

(Se mira con cuidado. Ríe)

—Señorita María!... ¡Hazme el favor! ¿Qué favor? ¿Con quién estás hablando tú? ¿Tienes alguna idea de quién soy